

LA EXTRAÑA RELACIÓN ENTRE LA «INCAPACIDAD DE» Y LA «SOBRECAPACIDAD PARA» EN LA LITERATURA ESCOLAR PARA NIÑAS Y MUJERES (SIGLOS XIX Y XX)

VICTORIA ROBLES SANJUÁN
Universidad de Granada

Recibido: 01/04/2009

Aceptado: 28/05/2009

Introducción

La construcción filosófica y pedagógica de la identidad de las mujeres en los últimos dos siglos y medio, nos remite a una idea peculiar sobre éstas como sujetos amordazados a una idiosincrasia colectiva no exactamente clara pero sí fijada en sus márgenes y espacios simbólicos y prácticos. Pero al mismo tiempo que se les recuerdan cuáles son sus límites, no se olvidan de desarrollar cuáles son sus horizontes, sus atributos y sus aptitudes.

La astucia argumentativa lleva a la convicción de que la naturaleza es la responsable última de todo ello, tanto para sus incapacidades como para sus deberes y aptitudes. La incapacidad de las mujeres, es decir, su condición de no sujetos, se genera como contrapunto a la constitución de los varones como sujetos e individuos¹. Esta dualidad ha sido analizada y replanteada por la teoría feminista desde muchas ópticas (naturaleza/cultura, cuerpo/mente, público/privado). Pero en la definición de sus peculiaridades como mujeres resulta paradójico ver cuáles son esas características que la propia naturaleza les marca y les fija (para servicio a la familia, al varón y a la sociedad), cuyo énfasis es directamente proporcional a los impedimentos derivados de su condición de pre-sujetos.

1. Ver el texto de: AMORÓS, Celia. *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las mujeres*. Madrid, Cátedra/Instituto de la Mujer, 2005, pp. 173-266.

Por otra parte, en los discursos educativos de finales del siglo XIX dirigidos a conformar esas «no-individuos» que son las mujeres, el cuerpo es revelado como instrumento de primer orden moral. La cautela sobre la sobreabundancia de actitudes y comportamientos femeninos (la sobrecapacidad para...) pasa por el control de su cuerpo, un cuerpo cada vez más irreal alejado de la existencia vital de las mujeres.

En este trabajo revisaremos las representaciones que se hacen del cuerpo de las mujeres y de sus significados a los ojos de los textos dirigidos a niñas, maestras y madres, editados en el último tercio del siglo XIX español y primero del siglo XX.

Estos manuales escolares nos remiten constantemente a una redefinición del cuerpo femenino como entidad física, que da cuenta de la salud y la enfermedad, al tiempo que también constituyen un referente moral sobre el que supervisar la buena educación de las mujeres. En ellos revisaremos esa «extraña» relación entre las aptitudes de que son receptoras las niñas y mujeres –que no son pocas, precisamente–, y la rémora de una supuesta naturaleza que las incapacita como sujetos. Nos moveremos en nuestro estudio, pues, en el orden del discurso entre la biología tomada como excusa para la concreción del «deber ser» de las mujeres, y el orden político caracterizado por precisar lindes, dado su estatuto de carentes de razón.

Escogemos para ello guías de señoritas y guías para amas de casa, novelas para su lectura en la escuela y en el hogar, cartillas de urbanidad para el moldeamiento del carácter, libros de moda y libros propiamente de lectura escolar. Toda esta literatura escolar constituye una fuente básica para el análisis de la organización y programación del aula, los hábitos de lectura en el hogar y las orientaciones sobre el discurso educativo dirigido a las niñas y mujeres dentro y fuera de la escuela. Fundamentales en la difusión de contenidos de la cultura, constituyen un instrumento para el aprendizaje de generaciones de escolares y de parte de sus habilidades y capacidades básicas.

Los manuales escolares son parte de los intereses e intenciones de la sociedad que los elabora. Surgidos como dispositivo de formación escolar y familiar en el momento en que la enseñanza reglada se va configurando en el s. XIX, los manuales para niñas, en el periodo que nos ocupa, además de procurar incrementar la más que débil instrucción de las niñas, además, «educaban a sus lectoras no sólo en la tradición y en los valores sociales dominantes sino también en el lugar y en el papel a que ellas debían aspirar en la sociedad»².

2. FLECHA, Consuelo. «Los libros escolares para niñas». En ESCOLANO, Agustín (dir.). *Historia Ilustrada del Libro Escolar en España. Del Antiguo Régimen a la Segunda República*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997, p. 503.

Dado que el periodo de estudio es muy amplio, a modo de precisión metodológica es conveniente advertir que, como cabe suponer, se acusan cambios en los contenidos y el sentido de las palabras, de la concepción moral y de la educación dirigida a las niñas, según fueran escritos por sacerdotes o maestras, o según fueran elaborados veinte años antes o después dentro de las tres últimas décadas de siglo XIX y primer tercio de siglo XX. No nos olvidemos de que, amén de otros intereses específicos de la política educativa dirigida a las mujeres, las condiciones de vida de éstas, a poco que avanzasen, suponían un salto cualitativo de gran envergadura en una sociedad que permanecía muy inmóvil en lo que a sus destinos se refiere.

Ni su educación, ni el sentido de su escolarización, ni su profesionalización como docentes, o su incipiente acceso a las universidades, pueden equipararse con el transcurso de varias décadas. Aunque lo permanente es que se insista en sus capacidades para... (la familia y la sociedad), el siglo XX nos traerá una mayor permisividad en cuanto a la instrucción cualitativa y cuantitativa de las mujeres, de su acceso a las profesiones y la introducción de nuevos hábitos domésticos y sociales³, que trataremos de subrayar cuando sea el caso.

1.- De capacidades, moral y deberes en el cuerpo de las mujeres

Que las mujeres han estado llenas de deberes y que éstas han sido conscientes de ellos no extraña hoy a nadie. Que los manuales y cartillas de urbanidad y libros de lectura escolar para niñas, maestras y madres cumplieran una función socializadora en las escuelas y en el hogar sobre el correcto cumplimiento de estos deberes hace que les prestemos particular atención, tanto por sus intenciones declaradas como por sus efectos logrados. Aquí me referiré sobre todo a lo primero, al nivel declarado del orden de deberes, de capacitación de las mujeres para, establecido en la jerarquía familiar, particularmente en lo que tiene que ver con el cuerpo de las mujeres.

Encontramos en estos textos abundantes ejemplos sobre higiene, salud corporal y tareas del hogar que debe tener en cuenta toda buena ama de casa. Tanto la higiene, que es física y que es también doméstica, como la salud, van íntimamente relacionadas con la buena conducta moral. Y aquí el cuerpo físico de la mujer queda invisibilizado en favor del cuerpo ajeno, el de los que

3. Se puede consultar el reciente trabajo de: CORTADA ANDREU, Esther. «Feminisme i educació als inicis del segle XX». En *Pedagogia, política i transformació social (1900-1917). L'Educació en el context de la fundació de l'Institut D'estudis Catalans*. Barcelona, Societat D'Història de l'Educació dels Països de Llengua Catalana, 2008, pp. 199-226.

están bajo su responsabilidad; estará presente únicamente en cuanto a los deberes que tiene que cumplir, pero desaparece como entidad corpórea u órgano de salud y cuidado para ceder ese espacio al cuidado y salud ajenos, quedando únicamente poseído de moral.

No extraña hallar en estos textos de educación una ingente cantidad de tareas, normas, reglas y preceptos que las amas de casa han de cumplir al pie de la letra para preservar el hogar y la familia de enfermedades y lograr una higiene, limpieza y desinfección necesarias para la salud de toda la familia, para lo cual ellas serán el mejor ejemplo: «La mujer se presentará ante la familia y ante la sociedad como un modelo de limpieza, virtud y honradez»⁴.

Los mecanismos que ponen en funcionamiento la responsabilidad de las mujeres para el cuidado de los demás siguen unas pautas perfectamente establecidas: el madrugar se muestra para una mujer como el mejor remedio para conservar la salud: pero el madrugar no está vacío de contenido. Se madruga, primeramente, para arreglar las cuentas del gasto del día anterior, hacer que se levanten los demás y designar a cada cual su correspondiente tarea. Una de las primeras labores del día para una mujer de clase media es la limpieza de la casa (muebles de madera, muebles metálicos, objetos de platería, utensilios de cocina), le siguen la de las ropas (ropas blancas, de color, de algodón, lana, hilo o seda) y personas; le sigue la compra de comestibles, acompañando a la criada para hacer dicha compra (elegir con esmero lo mejor, seleccionar los frutos, almacenarlos en su debido espacio); verificado esto, y en el caso de haber niños de corta edad, se procederá a levantarlos, limpiándolos cuidadosamente y en seguida se dispondrá el desayuno; terminado el desayuno, arreglados el comedor, alcobas y cocina, y hecho lo necesario para la preparación de la comida (que incluye la conservación de alimentos), se ocupará de la labor según el día que sea. De lunes a sábado, se ha de enjabonar, hacer lejía, aclarar la ropa, repasar y hacer las compras de telas, ropas, etc., sin olvidar que hay que planchar la ropa, hacer la limpieza de la casa y, finalmente, «cumplir con los deberes religiosos, atender a la limpieza de las personas con alguna más detención de la de diario»⁵. Las horas sobrantes de cada día, después de llenados los respectivos deberes, pueden emplearse en el arreglo de aquellos vestidos que necesiten reformas, y en el cosido, bordado, etc. de ropa nueva.

4. SURÓS, Antonio. *Lecciones de higiene y economía doméstica, para uso de las maestras de 1ª enseñanza y madres de familia*. Barcelona, Plaza y Janés, 1998, p. 79 (primera edición, 1892).

5. YEVES, Carlos. *Guía del ama de casa o principios de economía e higiene domésticas con aplicación a lo moral*. Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1913, pp. 36-7.

No he querido escatimar ninguna de las actividades que componen los quehaceres domésticos para comprender en su justa medida el tipo de salud y de cuidados que han de prestarse las mujeres a sí mismas y a los suyos. Ya lo dice Antonio Surós: «limpieza de la ropa y vivienda que redundan en mayor salubridad y robustez de la familia»⁶. El cuerpo femenino aparece como inexistente cuando se trata de las duras tareas cotidianas: su labor es cuidar de los demás. Es responsable del cuerpo de los demás, hasta sus últimas consecuencias: «hasta el olvido de sí misma»⁷, comenta el autor señalado. Su invisibilidad manifiesta y aceptada marca los límites entre el deber y el derecho, entre el cuerpo laborioso y el cuerpo no sometido a reglas.

No conviene que nos olvidemos de que

a finales del siglo XIX, la medicina estaba contribuyendo a que el cuerpo se convirtiera en el vector fundamental de nuestro «ser en el mundo» y objeto de diferenciación respecto a otros cuerpos⁸,

de modo que, como señala Luz Sanfeliu, el cuerpo queda en manos exclusivas de la medicina y psicología para determinar conductas dentro y fuera de la norma establecida, incluyendo las sexuales a las que ella alude. En la literatura escolar de finales del XIX, se hace más necesaria una influencia directa acerca del conjunto de tareas de que son capaces las mujeres, que de la alusión directa a la entidad física corpórea. Es una forma más de control del cuerpo.

Y las mujeres, pese a todo, tienen cuerpo. Esta realidad aparece pocas veces por sí misma. Aparece, por ejemplo, en el caso de caer enfermas. Cuando una mujer se pone enferma está poniendo en peligro a la familia. En *La perla del hogar*, doña Matilde está enferma de anemia, y le son recetados dos meses de aire y aguas de la costa andaluza. Su marido, viendo lo preocupada que su esposa se halla por los gastos que su enfermedad ocasionará, le dice: «¡Vaya, no te preocupes por eso, mujer! Tienes el deber de mirar por tu vida, que tan necesaria nos es a tus hijos y a mí»⁹. Una mujer tiene el deber de estar saludable, porque es un derecho adquirido por su familia. El propio autor, en una apostilla de carácter didáctico, a continuación del relato de la esposa enferma, pregunta a las lectoras si las madres tienen el deber primordial de procurar por su salud y su vida en beneficio de su marido e hijos.

6. SURÓS, Antonio. *Lecciones de higiene y economía...*, p. 86.

7. SURÓS, Antonio. *Lecciones de higiene y economía...*, p. 78.

8. SANFELIU, Luz. «Escrito en el cuerpo. Sexualidades femeninas al margen de la norma heterosexual». *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, 14-1 (2007), p. 45.

9. CALLEJA, Saturnino. *La perla del hogar Principios de lectura para niñas*. Madrid, Editorial Saturnino Calleja, s.a., edición económica, p. 101 (1ª ed. de 1901).

La salud de los demás pasa porque las mujeres conozcan el cuerpo humano, además de determinadas normas de higiene doméstica y personal, selección de alimentos y nociones de nutrición: airear colchones, colchas, habitaciones, alimentos frescos, almacenaje de alimentos en los sitios apropiados; las mudas de ropa interior, establecidas en periodos de no más de ocho días, son todas ellas formas de cuidar. Respecto a la anatomía corporal, queda bien patente que si las responsables de la salud son ellas, éstas han de conocer las distintas partes del cuerpo, así como su función y formas de higiene: huesos, nervios, pulmones, corazón; transpiración, nutrición, respiración, sueño...; lavado diario de cara, cuello, pies y manos, con especial atención a cabeza y dientes, «y lavarse con frecuencia todas las partes del cuerpo en que es la transpiración más abundante...»¹⁰. Un lavado individualizado y asexuado. El cuerpo interesa aquí como órgano de salud externa a las propias mujeres.

Los límites de sus capacidades están, no en el orden de lo biológico -que como vamos viendo sirve a intereses muy precisos, y para cuya resolución se requieren tal intensidad y vigor que roza lo inhumano-, sino de lo político, en no traspasar la frontera, física y simbólica, de lo desconocido e impropio de su género. Así, el cuerpo de la mujer es tomado con desconfianza, como una fuente potencial de desorden, por lo que se regula su uso con recomendaciones como ésta:

Debe ser muy parca el ama de casa en sostener relaciones exteriores, y muy especialmente en tratar de contraerlas íntimas con gran número de personas... podría perder lastimosamente mucho tiempo del que necesita para las atenciones de su casa.¹¹

La impropiedad del cuerpo de las mujeres recibe abundantes avisos de la religión y la medicina que, poco a poco, a lo largo del XIX y comienzos del XX, fueron configurando un discurso del cuerpo como peligroso y «proclive a la ingobernabilidad», por utilizar las palabras de Marlene Duprey, para quien el cuerpo de las mujeres llegó a constituir un espacio heterotópico, es decir, «fuera del régimen y la disciplina, y a la vez, dentro de aquélla»¹².

Otras razones objetivas iluminan los textos más fatalistas sobre el desorden de las mujeres: las mujeres comienzan a reivindicar derechos laborales, acceden a espacios no domésticos, se emancipan:

10. YEVES, Carlos. Op. cit., p. 108.

11. YEVES, Carlos. *Ibíd.*

12. DUPREY, Marlene. «Los discursos de higiene y el cuerpo femenino como metáfora de ingobernabilidad (Puerto Rico, finales del siglo XIX)». *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, 14-1 (2007), p. 73.

Los que hablan de emancipación de la mujer, de derechos políticos a la mujer, o no comprenden el alcance de lo que dicen, o no han sentido las dulzuras de un hogar sabiamente dirigido por una mujer. Un hogar en que cada sexo invadiese el terreno del otro, se destruiría; y en lugar de la paz y el orden, y de la economía, reinarían el abandono y el despilfarro.¹³

En algunos otros se considerará un mal menor, sobre todo el la última década del XIX, el que las mujeres trabajen fuera de la casa, e incluso se les permite el baño en el mar con bañador ligero y sencillo.

2.- La coquetería femenina como resistencia

Los atributos que conforman el imaginario corpóreo están supeditados en estos textos a las particularidades descritas por los reformistas de la moral y la sexualidad, y a los cambios que convienen en los comportamientos de las mujeres y los varones. Se ve pecaminoso, por ejemplo, el adorno del cuerpo, aceptado como inevitabilidad de lo femenino, pero también censurado por el dispendio que supone y la falta de decoro social. Se observa la realidad de los cambios sociales, de las modas y el gusto por el vestir el cuerpo de manera rica, diversa:

El lujo en los vestidos es la ruina de muchas casas, y como es muy difícil trazar la línea divisoria entre lo que se llama vestir con decencia y el verdadero lujo, de aquí las ilusiones que se hacen muchas mujeres, las cuales se engañan lastimosamente creyendo de absoluta necesidad trajes y adornos superfluos de todo punto.¹⁴

A esto le llama vanidad, frivolidad, coquetería femenina. Es todo lo superfluo, lo excedente. Abrigarse y basta. El cuerpo se abriga, no se adorna, salvo que seas de una clase social que lo permita. Tanto más peligroso es el adorno cuanta mayor es el requerimiento de la mujer en el hogar, esto es, las mujeres de las clases medias y bajas.

3.- De moral e higiene

La limpieza de la casa se equipara al aseo personal y moral: «La mujer esencial y naturalmente limpia recorre su linda habitación... sin ajar ni estropear nada,

13. GARCÍA BARBARÍN, Eugenio. *La nueva Juanita o el manuscrito de una huérfana. Lectura para niñas*. Madrid: Librería de sucesores de Hernando, 1924, 5ª edición, pp. 80-81 (1ª ed. de 1907).

14. PASCUAL DE SANJUÁN, Pilar. *Guía de la mujer en el siglo actual ó lecciones de economía doméstica para las madres de familia*. Barcelona, Sucesores de Blas Camí, 1909, 13ª edición, p.27 (1ª ed. de 1879).

antes bien embelleciendo todo con solícita y experta mano»¹⁵. Todo tipo de higiene, de aseo, sea doméstico o personal forma parte de la esencia «limpia» de la mujer, una limpieza que es moral a toda costa. «Lo más precioso del honor es la salud, y el conservar el de la familia y la suya propia es el principal deber del ama de casa», se dirá. Este será un tema sobre el que se insista: ella es cuidadora de salud, por encima de todo. El esfuerzo de reiteración es proporcional al modo en que las mujeres están haciendo usos de su cuerpo no convencionales: por ejemplo, se habla con cierta frecuencia de madres que eligen no darle el pecho a sus hijos e hijas, recurriendo a la terapéutica para que no les dañe la leche, o bien entregándolos a nodrizas, «confiando el fruto de sus entrañas a manos mercenarias»¹⁶. Y ya se sabe: «Durante la lactancia empieza la educación física de los niños».

El engarce entre la higiene moral y física propia y de la familia parece llegar a través de la economía. Todo aquello que incumple la ley del deber es anti-económico, o dicho de otro modo, todo «lo que es anti-económico es antihigiénico y antimoral». Economía, higiene y moral van íntimamente unidas, formando parte de un único sistema en el que el cuerpo de las mujeres tiene un uso controlado y socialmente legitimado. En alguno de estos libros, la enfermedad en las mujeres, siempre que no sea producto de malos hábitos, se perdona con un esfuerzo material «muy moral» de la familia, que también es económico porque supone la inversión de la familia en el cuerpo de cuya salud y bienestar depende toda ella.

La moral es distinta para las familias pobres, como cabe suponerse. Éstas no se pueden permitir ni el lujo, ni el orden, ni la higiene pulcra del lavado con agua fría diaria del cuerpo, ni el lavado y enjabonado semanal de la ropa blanca, ni su planchado y repasado, ni un comedor alegre con vistas a un jardincito. Lo económico se impone aquí a la moral de las mujeres, que hagan lo que hagan, al menos, se espera puedan cumplir con el sostenimiento mínimo de la familia en el hogar. Como ellas no se pueden permitir una nodriza que amamante a sus hijos, se espera que lo hagan ellas mismas.

4.- La niña: una criatura preciosa

Vamos a ver cuál es el tratamiento que se hace de las aspiraciones de las niñas como hijas con un futuro inmediato por vivir. Tomemos a Clarita como *la niña*, el modelo en el que depositar nuestra mirada.

15. PASCUAL DE SANJUÁN, Pilar. *Guía de la mujer...* Op. cit., p. 44.

16. PASCUAL DE SANJUÁN, Pilar. *Guía de la mujer...* Op. cit., p. 45.

Las niñas de los libros para niñas son un dechado de virtudes y belleza. Sus descripciones tienen poco que ver con el perfil de una niña normal, pues aparecen estáticas, sometidas, siempre obedientes, inertes, perpetuamente infantiles. Las niñas modelo son rubias de ojos azules y serenos, de voz dulce y figura elegante y bella, es decir, un cuerpo cuya belleza satisfaga las miradas externas. Pero como tienen en su cuerpo ya el germen del peligro, son advertidas pronto de lo que es moralmente permisivo: «Pero la hermosura de sus facciones hubiera servido de muy poco si no la igualase la hermosura de su alma»¹⁷.

La vigilancia de sus virtudes morales se impone a través de su control físico: las niñas juegan a inocentes diversiones, no lejos de sus papás. Las niñas se despiden cariñosamente, bajo la atenta mirada de su mamá. En este espacio literario educativo, los ámbitos de movimiento y de esparcimiento de una niña consistirán en extasiarse contemplando las hermosas flores, en algunas excursiones con los padres a pueblecitos y en atender a las explicaciones de mamá y papá. Para ella está concebido el deber antes que el juego:

Margarita salía a pasear con sus papás y su hermanito Antonio, y se divertía mucho; pero cuando por cualquier motivo su mamá se quedaba en casa, renunciaba gustosa la niña al paseo para hacerle compañía...¹⁸

El contacto con la madre se presenta como fundamental para la subsistencia de la familia, y es el único contacto legítimo admitido para la niña. La renuncia de una vida infantil normalizada es el justo sacrificio por algo que es más grande que todo su deseo de expansión o recreo: la iniciación a una vida socialmente organizada y aceptable para ella. Pilar Pascual lo ejemplifica en su texto *Escenas de Familia*:

La madre, que pasaba sola las largas horas que la niña permanecía en el colegio, ya tiene á su lado una mujercita que le ayuda en los quehaceres domésticos.¹⁹

Y la madre dirá a la hija, en esa transferencia del cuerpo moral que se produce generación a generación:

Figúrate qué pasa, pues, si dentro de algunos años llego a sentirme falta de fuerzas para el arreglo de la casa, en el cual debe ocuparse casi todo el día una mujer hacendosa....²⁰

17. CALLEJA, Saturnino. *La perla del hogar Principios de lectura para niñas*. Madrid, Editorial Saturnino Calleja, s.a., edición económica, p. 8 (1ª ed. de 1901).

18. CALLEJA, Saturnino. *La perla del hogar...* Op. cit., p. 48.

19. PASCUAL DE SANJUÁN, Pilar. *Escenas de familia. Continuación de Flora. Libro de lectura en prosa y en verso para niños y niñas*. Barcelona, Hijos de Paluzie editores, 1910, p. 254 (1ª ed. de 1891).

20. PASCUAL DE SANJUÁN, Pilar. *Escenas de familia...* Op. cit, p. 51.

Mente y cuerpo van de la mano: controlando su mente a través del control del cuerpo. Y el cuerpo se controla con vigilancia, se controla con hábitos, se controla con reprimendas morales, con chantajes sobre el devenir de la familia, y también con hábitos de urbanidad: se precisa una niña peinada, con la cara y las manos limpias, con las uñas cortadas, con unos vestidos no manchados ni rotos, y con ciertos hábitos de compostura: no rascarse, ni meterse los dedos en la boca, la nariz, nada de eructos, estiramientos, bostezos, estornudos; a las visitas, el semblante alegre y el porte arreglado -«Los casos en que mayor cuidado debéis poner en arreglar el porte, son las visitas...»²¹-, lo exige el trato; contención de la alegría y del dolor, y un largo etcétera de normas de comportamiento y compostura del cuerpo y sus manifestaciones. Esto hace que se les represente como inválidas mentales y físicas, pero no las incapacita para ejercer las mil y una tareas del hogar. No sufren ni sienten; su dolor, cuando aparece, va siempre asociado a la pérdida de la virtud en el ser humano. Cumplen su deber, y punto.

Los afectos aparecen siempre como parte de un premio a la culminación de una buena obra, controlados también por los padres -particularmente por la madre-: a las niñas se les colma de besos, que esa es la expresión, siempre que hacen lo que deben (obra de caridad, ayuda doméstica, iniciativa sometida al hogar). El contacto físico entre madre e hija no aparece de ninguna otra manera: o bien con la enfermedad de alguna de ellas, o a través de estos premios: «al oír esto la mamá abrazó a Juanita, y la colmó de besos»²². La niña acababa de comprender cuál era su destino en el mundo.

Si nos adentramos en la anatomía de los cuerpos, vemos que en su descripción, abundante en estos libros, los cuerpos se presentan asexuados. No se establece en estos libros una relación directa entre el cuidado, la salud, la higiene y, por otra parte, el conocimiento del cuerpo humano sexuado, desposeído de todo tipo de necesidades. Se nos aparece la imagen de un cuerpo inerte: el cuerpo se mueve a través de los músculos y huesos, y siente (física-mente) por medio de los nervios; nutrición, respiración, absorción, circulación, boca, hígado, páncreas con sus funciones.... Las niñas y mujeres pagarán el tributo de ser eso, niñas y mujeres: no respiran por culpa del corsé, no comen con apetito por el decoro, no atienden a su cuerpo porque éste no existe. Trabajan sin denuedo, cosen, limpian, lavan, repasan, compran, planchan, curan, vigilan, organizan, cocinan, pero desposeídas de cuerpo. Y como por

21. MANJARES, José de. *Guía de señoritas en el gran mundo*. Barcelona, Librería de Juan y Antonio Bastinos, 1885, 4ª edición, p. 73 (1ª ed. de 1875).

22. CALLEJA, Saturnino. *La buena Juanita. Segunda parte de Lecciones de una madre*. Madrid, Saturnino Calleja, 1903, p. 86.

inercia de la vida, se ponen enfermas o carecen de energías justo a la edad en que son reemplazadas por otro cuerpo, por el **cuerpo hipotecado**, que ha sido escrupulosamente preparado para su cometido: es el cuerpo de la hija.

La artificialidad con que se miran los cuerpos asexuados de las niñas y adolescentes conduce en ocasiones a expresiones de ridículo sobre determinados rasgos físicos: sobre la obesidad en las mujeres se dice que «es una verdadera degeneración física. La obesidad hace monstruosa á la mujer...»²³. Por contra, «Las adelgazadas quedan pellejonas»²⁴. El asunto queda zanjado con una frase: «a más salud, más belleza», carente de significado preciso y en la cual entra, como todo prototipo de salud/belleza el uso del agua, que es el agente cosmético por excelencia, a temperatura del tiempo, y alguna recomendación sobre la idoneidad de llevar una vida activa, sin más precisión.

El espejo se presenta como el amigo de las mujeres y, por tanto, el enemigo de las buenas costumbres. El espejo es el riesgo verdadero de incumplimiento, de resistencia, de individualidad elegida, de autocomplacencia del propio cuerpo o de satisfacción personal de la belleza, frente a la mirada externa, que en definitiva es la legitimada para el juicio sobre ellas. Las niñas malgastan parte de su infancia componiendo su rostro, horas enteras delante de un espejo. Se propone como antídoto el cultivo de la mente y el corazón, el adorno del alma de virtudes estimables y preciosas a los ojos de los hombres, en lugar de las flores, las gasas y los diamantes. Por si no queda claro, se indica que

La muger no ha nacido para ser como una flor que se destina al adorno de un salon... otros y muy elevados son sus destinos en el mundo y por consiguien-te y antes que todo debe atender á su cumplimiento.²⁵

El fatalismo es el destino que les espera a las díscolas: el escarnio del abandono y las miradas de desconfianza hacia ella.

En lo tocante a la educación del cuerpo, amén de lo que he señalado aquí, no hay distinción entre niñas o mujeres: todas necesitan de una educación vigilada, desde pequeñas hasta adultas:

Nuestro deseo de ver dar á las mujeres una educación que endurezca el cuerpo y fortifique el alma no va ciertamente hasta querer que se llegue á los extremos. Es necesario sencillamente acostumbrarlas á soportar un grado de fatiga, que no exceda de su temperamento: el aire libre, el frio, el calor, some-

23. CALLEJA FERNÁNDEZ, Saturnino. *Lecciones de una madre. Principios de lectura, Libro cuarto: Carmencita, ó el año instructivo*. Madrid, Saturnino Calleja Fernández, s.a., p. 444.

24. CALLEJA FERNÁNDEZ, Saturnino. *Lecciones de una madre...* Op. cit., p. 446.

25. RUBIÓ Y ORS, Joaquín. *El libro de las niñas*. Barcelona, Imprenta de la viuda e Hijo de J. Rubió, 1851, p. 80.

tiéndolas á ello lo más posible y suficientemente, desde su infancia, con las precauciones necesarias,²⁶

aunque si tratamos a las niñas, vemos que abundan en ellas los rasgos más biológicamente innatos que han de ser cautelosamente domados: preservarlas de la glotonería, que en las niñas es un defecto común, o permitir los juegos antes que la ociosidad, «la ociosidad y la conversación entre sí es lo que hay de peor²⁷; hay que evitar la coquetería a toda costa, «inherente á la naturaleza femenina que casi en todas partes se revela con el carácter que le es propio, la necesidad de cautivar la atención y de agradar»²⁸.

El algunos trabajos sobre el cuerpo en los libros escolares, se afirma que se presenta el cuerpo como algo negativo, aspecto que hemos mencionado en párrafos anteriores. El cuerpo es presentado como algo sospechoso por naturaleza, desaferado de toda entidad física y siempre rendido a la capacidad moral. Carmen Simón lo dice así: «Cuerpo y espíritu se unen, de tal forma que un tono moral acompaña a los consejos puramente físicos y les marca la conducta a observar para alcanzar la perfección»²⁹.

5.- La adolescente

La transferencia de los deberes de una madre a una hija se materializa cuando la hija hace exactamente lo que la madre, es una madre en potencia y un ama de casa efectiva. No es su inteligencia sino su actividad doméstica la que marca los cánones de la exitosa nueva responsabilidad femenina. En ausencia de la madre, Flora, una adolescente de catorce años, se levanta al rayar el alba; distribuye entre las criadas sus ocupaciones; saluda solícitamente al padre y abuelo y ayuda a servir el desayuno; hace la lista de la compra; vigila para que los dormitorios se asean por la mañana, ayuda a hacer las camas, limpia el cuarto de las visitas, recoge las cortinas y se siente satisfecha de su obra. Sigue llamando la atención de las criadas para que la comida esté a la hora fija, da conversación a su padre y abuelo, guardando para estos ratos alguna anécdota que hubiese leído en los libros o periódicos, duerme una corta siesta, continua con la labor hasta la noche en que acompaña a su padre en un paseo. Hace

26. Monseñor DUPANLOUP. *La educación de las hijas de familia y estudios que convienen á las mujeres en el mundo*. Barcelona, Establecimiento tipográfico de los sucesores de N. Ramírez y C^a, 1880, p. 189.

27. Monseñor DUPANLOUP. Op. cit., p. 191.

28. Monseñor DUPANLOUP. Op. cit., p. 201.

29. SIMÓN PALMER, M^a del Carmen. «Cuerpo pensado, cuerpo vivido. Normas y transgresiones en la España del siglo XIX». *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, 4-1 (1997), p. 41.

colada cada dos semanas, repasa la ropa limpia cada martes, zurce, dobla y guarda convenientemente en los armarios esta ropa; los jueves acompaña a la criada a la compra de aquellas cosas que podían durar varios días. Un cuerpo hipotecado. Su destino: de nuevo, la maternidad.³⁰

No hay transferencia de madre a hija sin el concurso del cuerpo. Tampoco hay realidad doméstica sin ese mismo concurso. Educada por una prudente madre, nuestra adolescente tiene veinte años, y ya tiene a su cargo la casa. Su madre, de edad avanzada (cuarenta y dos años) y escasa salud poco puede ayudarla en los quehaceres domésticos.

Pero María se multiplica, acude á todo... y nada turba su satisfacción, porque lejos de debilitarse con el trabajo las fuerzas de la joven, se la ve cada día más robusta, más alegre, más feliz.³¹

Es la explotación de la mujer en el hogar, es el cuerpo mutilado para todo aquello que signifique hogar y servicio a los demás. Seguramente veinte años después tenga escasez de salud, pero una nueva hija podrá suplirla.

Tratada la adolescente infantilmente, se presentará infantilizada en su conducta y deseos. Su cuerpo y sus actitudes deberían corresponderse con una mujer de veinte años, pero la invención de esta mujer de veinte años la transforma en niña dependiente, sometida y cursi. «Las noches de verano suele salir á dar un paseo en compañía de su madre, pues rara vez sin ella se presenta á diversión alguna.»³²

Los libros de enseñanza del tejido y bordado para niñas y adolescentes son una fuente extensa de ejemplos de cómo se conjuga el cuerpo con esta actividad específica, bien sea tomado como órgano ejecutor de una práctica empírica –la de la costurera, tejedora, bordadora, etc.–, bien sea como órgano receptor de tal práctica. Que inevitablemente el cuerpo sea una pieza clave en esta actividad netamente física como es la de la costura no nos indica que para su buen hacer abunden en los textos las indicaciones, los consejos, la prevención en su uso y postura correcta. Más bien esto es algo que la lectora entrelee de todo cuanto aparece sobre las filigranas de la labor.

Decía Pilar Pascual en su *Prontuario del ama de casa* que «la aguja de coser no hay mujer ni niña de nueve o diez años que no la haya manejado»³³. La costura, a medida que vamos comprendiendo la urdimbre de esta literatura

30. Véase el texto de PASCUAL DE SANJUÁN, Pilar. *Flora o la educación de una niña*. Barcelona, Imprenta Elzevieriana y Librería Camí, 1928, 9ª ed.

31. PASCUAL DE SANJUÁN, Pilar. *Guía de la mujer...* Op. cit., p. 63.

32. PASCUAL DE SANJUÁN, Pilar. *Guía de la mujer...* Op. cit., p. 63.

33. *Tratado elemental de labores*. Barcelona, Librería de Juan y Antonio Bastinos, editores, 1888, 2ª edición, p. 82 (1ª ed. de 1886).

educativa, se va revelando como el medio de tener a las mujeres localizadas, ocupadas y, sobre todo, sujetas, procurando que no se esfumen en ese marasmo de vida moderna que se vislumbra a través de los párrafos explicativos, y que comenzaba a ser una realidad en la vida cotidiana del último tercio del siglo XIX.

Esta actividad del cosido y bordado se nos revela como el medio útil de ocupar sus tiempos ociosos y pasivos: hacer que pasen sus ratos libres sentadas, estáticas, manejando sus manos, supone, a priori, estar controladas, en el sentido físico e intelectual del término. La costura se prevé como una actividad de desarrollo individualizado, o al menos así se deduce de todos los consejos de carácter moral sobre sus deberes y la manera de llevarlos a cabo; a lo sumo, es un aprendizaje transferido de madres a hijas, que nunca necesita del concurso de nadie más. Con la capacidad para su desempeño es suficiente para ellas porque, de nuevo, la *incapacidad* de se les supone, no hay que esforzarse en demostrarla: está implícita en los márgenes interpuestos en su educación.

Referencias bibliográficas

- AMORÓS, Celia. *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las mujeres*. Madrid, Cátedra/Instituto de la Mujer, 2005.
- CALLEJA, Saturnino. *Lecciones de una madre. Principios de lectura, Libro cuarto: Carmencita, ó el año instructivo*. Madrid, Saturnino Calleja Fernández, s.a.
- *La buena Juanita. Segunda parte de Lecciones de una madre*. Madrid, Saturnino Calleja, 1903.
 - *La perla del hogar Principios de lectura para niñas*. Madrid, Editorial Saturnino Calleja, s.a., edición económica (1ª ed. de 1901).
- CORTADA ANDREU, Esther. «Feminisme i educació als inicis del segle XX». En *Pedagogia, política i transformació social (1900-1917). L'Educació en el context de la fundació de l'Institut D'estudis Catalans*. Barcelona, Societat D'Història de l'Educació dels Països de Llengua Catalana, 2008, pp. 199-226.
- DUPREY, Marlene. «Los discursos de higiene y el cuerpo femenino como metáfora de ingobernabilidad (Puerto Rico, finales del siglo XIX)». *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, 14-1 (2007) pp. 59-78.
- FLECHA, Consuelo. «Los libros escolares para niñas». En ESCOLANO, Agustín (dir.). *Historia Ilustrada del Libro Escolar en España. Del Antiguo Régimen a la Segunda República*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997, pp. 501-524.
- GARCÍA BARBARÍN, Eugenio. *La nueva Juanita o el manuscrito de una huérfana. Lectura para niñas*. Madrid, Librería de sucesores de Hernando, 1924, 5ª edición (1ª ed. de 1907).

- MANJARES, José de. *Guía de señoritas en el gran mundo*. Barcelona, Librería de Juan y Antonio Bastinos, 1885, 4ª edición (1ª ed. de 1875).
- MONSEÑOR DUPANLOUP. *La educación de las hijas de familia y estudios que convienen á las mujeres en el mundo*. Barcelona, Establecimiento tipográfico de los sucesores de N. Ramírez y Cª, 1880.
- PASCUAL DE SANJUÁN, Pilar. *Escenas de familia. Continuación de Flora. Libro de lectura en prosa y en verso para niños y niñas*. Barcelona, Hijos de Paluzié editores, 1910 (1ª ed. de 1891).
- *Flora o la educación de una niña*. Barcelona, Imprenta Elzeveriana y Librería Camí, 1928, 9ª ed.
 - *Guía de la mujer en el siglo actual ó lecciones de economía doméstica para las madres de familia*. Barcelona, Sucesores de Blas Camí, 1909, 13ª edición (1ª ed. de 1879).
 - *Tratado elemental de labores*. Barcelona, Librería de Juan y Antonio Bastinos, editores, 1888, 2ª edición (1ª ed. de 1886).
- RUBIÓ Y ORS, Joaquín. *El libro de las niñas*. Barcelona, Imprenta de la viuda e Hijo de J. Rubió, 1851.
- SANFELIU, Luz. «Escrito en el cuerpo. Sexualidades femeninas al margen de la norma heterosexual». *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, 14-1 (2007), pp.31-57.
- SIMÓN PALMER, Mª del Carmen. «Cuerpo pensado, cuerpo vivido. Normas y transgresiones en la España del siglo XIX». *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, 4-1 (1997) pp. 39-57.
- SURÓS, Antonio. *Lecciones de higiene y economía doméstica, para uso de las maestras de 1ª enseñanza y madres de familia*. Barcelona, Plaza y Janés, 1998 (primera edición, 1892).
- YEVES, Carlos. *Guía del ama de casa o principios de economía e higiene domésticas con aplicación a lo moral*. Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1913.